

Conflictos lingüísticos y conflictos políticos: cambios de idioma en sociedades multilingües

J. A. LAPONCE

Los seres que están en contacto no necesariamente están en conflicto y los idiomas que están en contacto, ya sea dentro de un grupo o de una sola mente, tampoco tienen por qué estar en conflicto. Pero los idiomas almacenados en la mente de una persona multilingüe —como los hombres en una sociedad— parecen estar gobernados por dos leyes que muy probablemente producen tensión: las leyes de especialización y de estratificación expuestas en las proposiciones 1 y 2.

Proposición 1. En la mente de un individuo multilingüe, los idiomas tienden a volverse especializados según sus funciones y a estratificarse según conocimiento y preferencia.¹

Proposición 2. En las sociedades, los hombres se especializan según las funciones que desempeñan, y estratifican sus relaciones de poder.

Ambas tendencias quizá podrían incluirse en la regla más general que trate del sostenimiento de la eficacia de un sistema mediante la economía de tiempo y de conductos. Para actuar de manera efectiva dentro de su medio ambiente, las sociedades crean jerarquías y estructuras que las hacen parecerse más a la serpiente victoriosa de una cabeza de Esopo que a su adversario, en el que Esopo deseaba que confiaran sus lectores: el monstruo de las siete cabezas que no logró sobrevivir al cruzar la maleza en camino a la batalla. De manera similar, el proceso para procurar economías mediante la clasificación de alternativas y la eliminación de las menos exitosas, lleva a los hombres hacia el monolingüismo en sociedades homogéneas. No es natural tener que llamar "*escargot*" (caracol en francés) a un "*snail*" (caracol en inglés) a menos que la persona aún no le haya puesto nombre alguno. La tendencia natural de la mente es alejarse de la sinonimia y, por lo tanto, encaminarse hacia el monolingüismo.² Si a esta tendencia se abren los requerimientos de un Estado lingüísticamente no homogéneo, los idiomas conocidos tenderán a ser asignados a funciones específicas (un caso de diglosia individual); y

cuando varios idiomas se encuentren disponibles dentro de una función determinada, entonces los idiomas se clasificarán de acuerdo con su preferencia afectiva y de utilidad.⁸

Podemos suponer que las estructuras mentales y sociales que emergen de estas tendencias son fundamentalmente inestables en mayor o menor grado. Las jerarquías sociales y lingüísticas están siempre sujetas a retos y cambios. De aquí la importancia de clasificar estas jerarquías en función del idioma utilizado y del idioma preferido; también es importante catalogar los cambios que ocurren en la distancia entre idiomas en función tanto del conocimiento como de la preferencia, ya sea porque elige como individuo o porque las necesidades lo hacen cambiar al transcurrir el tiempo. De aquí también la importancia de utilizar la sustitución de idiomas como foco estratégico de una investigación para relacionar los cambios al ordenar los idiomas en la mente con los cambios en las jerarquías sociales. Si preferimos usar cierto idioma en vez de otro, ¿aumenta o disminuye nuestra dignidad, aumenta o disminuye nuestra eficacia social, aumenta o disminuye nuestra posición dentro del sistema político? ¿Coincide nuestra percepción de un cambio procedente de una sustitución de idiomas con las percepciones de aquéllos con los que interactuamos? En forma general, ¿qué nos revelaría un análisis de riesgos y ventajas de una sustitución de idiomas sobre las consecuencias de la misma tanto para el individuo como para el sistema político dentro del cual actúa? La sustitución de idiomas (o la falta de tal sustitución), ¿libera o aumenta la tensión tanto en la mente como en la sociedad? ¿Une? o ¿intensifica las divisiones sociales? ¿Afecta el proceso político? o por el contrario, ¿es ese proceso el que afecta la sustitución?

Para tratar de encontrar respuestas a estas preguntas se requiere, en primer lugar, de mapas adecuados de la relación que existe entre el idioma utilizado y el idioma almacenado.

La relación entre el idioma utilizado y el idioma almacenado

En las dos tendencias de especialización y de estratificación se encuentran implícitas las divisiones necesarias para estudiar la sustitución de idiomas y la tensión. Los lingüistas que han utilizado los idiomas como instrumentos de interacción se encuentran más familiarizados con estas divisiones que los politicólogos que han utilizado los idiomas sobre todo para circunscribir a los grupos étnicos considerando al idioma de igual manera en que han considerado a la religión (es decir como una variable que aporta divisiones nominales de referencia, como una variable que enfoca al hablante fuera del discurso, como una variable que circunscribe a los actores más que las interacciones). Al trazar lo que considero un mapa útil de los "hablantes en discurso" —útil desde mi punto de vista de politicólogo interesado en los conflictos, tensiones y relaciones de poder —obtendré gran parte del material de la literatura sociolingüística,

recortando y adaptando varios tipos de división propuestos para registrar funciones, estilos y dominios del habla; éstas han sido depuradas por Weinreich, Haugen, Fishman, Rubin, Gumperz, Barker, Barber y Mackey, entre otros, desde que Schmidt-Rohr, en 1930, puso de manifiesto la importancia de relacionar el estudio de los idiomas con el estudio de las funciones y los dominios del habla.⁴

Tratemos de imaginar a un individuo multilingüe hipotético (o, con el fin de simplificar, a uno bilingüe). Vamos a registrar los idiomas que podría utilizar, es decir:

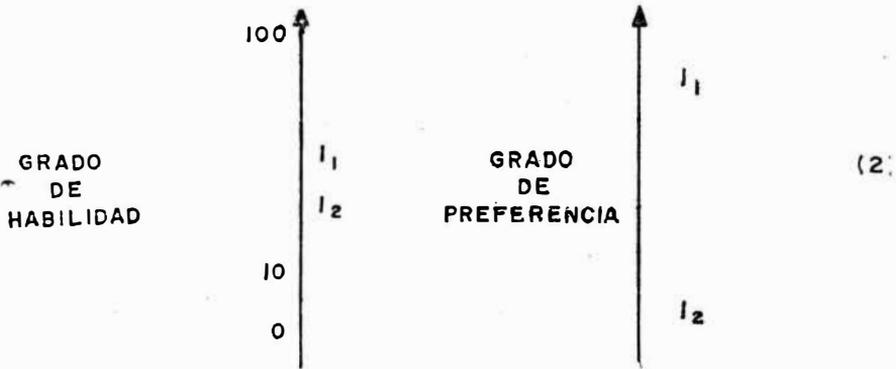
$$\text{Primer idioma } (I_1), \quad \text{Segundo idioma } (I_2) \quad (1)$$

Nótese que, a menudo, cuando investigamos a nivel nacional en sociedades multilingües, ni siquiera contamos con la información básica requerida por, (1) aun en Estados relativamente bien documentados. Es característico que el censo nos dice si un belga habla únicamente francés, únicamente holandés, únicamente alemán o alguna combinación de éstos;⁵ también si un canadiense habla sólo francés, sólo inglés o ambos, según el decir de quien responde. Algunas veces se nos dice que un idioma tiene prioridad sobre algún otro. Un belga se clasifica según el idioma "escolar"; francés, holandés o alemán. Pero curiosamente, en el Canadá, los datos del censo de 1961 no mencionaron el idioma escogido por la categoría más importante, conocida como la de los bilingües: aquellos que consideran tanto al francés como al inglés como idioma oficial; sólo se nos informó cuál de estos dos idiomas, en caso dado, es la lengua materna.⁶ Este dato que aumenta sobre papel el tamaño de la comunidad francocanadiense no beneficia ni al científico social ni a los políticos.⁷ Las encuestas de opinión del tipo Gallup tampoco nos proporcionan esta información faltante. El primer registro y clasificación ordinal de la frecuencia de uso a través de todo Canadá fue creado por John Meisel en su estudio de las elecciones de 1968: una encuesta sobre el idioma utilizado en casa, en el trabajo y entre amigos, que, sin embargo, registró sólo incidentalmente datos sobre los idiomas.⁸

Aparte de querer tener una clasificación ordinal de los idiomas almacenados en la mente de una persona bilingüe, deseamos tener una gradación en un continuo de esos mismos idiomas, que puede ser representada gráficamente de la siguiente manera:

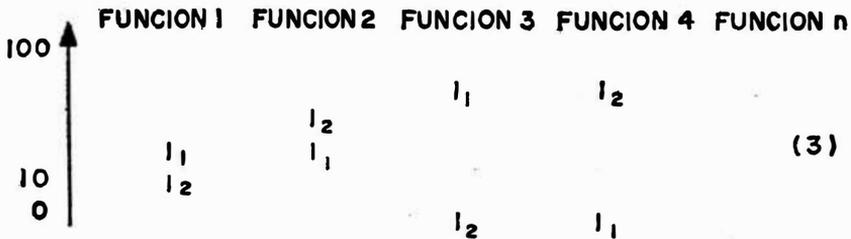
Deseamos obtener una medida de la distancia que sea capaz de decirnos, ya sea en términos de habilidad o de preferencia, que el sujeto ha clasificado el idioma 1) por encima del idioma, 2) mediante un factor.⁹

Esta medida podría ser aplicada para representar a los individuos o a los grupos que dejarían de ser clasificados en términos de "o bien/o bien", para ser clasificados utilizando la distancia que existe entre los idiomas por ellos conocidos. Podríamos, entonces, clasificar la evolución



de un Louis St. Laurent o de la comunidad francocanadiense no solamente con base en su afrancesamiento, sino por medio de una fórmula que incluyera proporciones variables de francés y de inglés.

Sin embargo, la medida general propuesta por el (2) es de uso limitado si no se le complementa con datos que relacionen el idioma con la función. Debemos hacer que el (2) llegue hasta el (3) para obtener la siguiente información:



Un error que cometen con frecuencia los analistas de la política es el de suponer que una persona bilingüe prefiere utilizar en todas sus funciones el idioma que clasificó en primer lugar en la medida (2). Esto no es así. El sacerdote católico puede preferir el idioma vernáculo durante el 90% del del tiempo en que habla; pero no así en la iglesia. El físico danés puede preferir el danés durante un 95% del tiempo, pero escogerá el alemán o el inglés cuando piense o hable sobre algún problema particularmente complicado de física teórica. Al desarrollar los mapas según las funciones se pueden estudiar dos posibles fuentes de tensión: una, proveniente de la substitución o de la no substitución de idioma al cambiar el individuo de función; la otra, proveniente de la falta de coincidencia entre la gráfica del idioma utilizado y la del idioma preferido, en un dominio específico del habla.

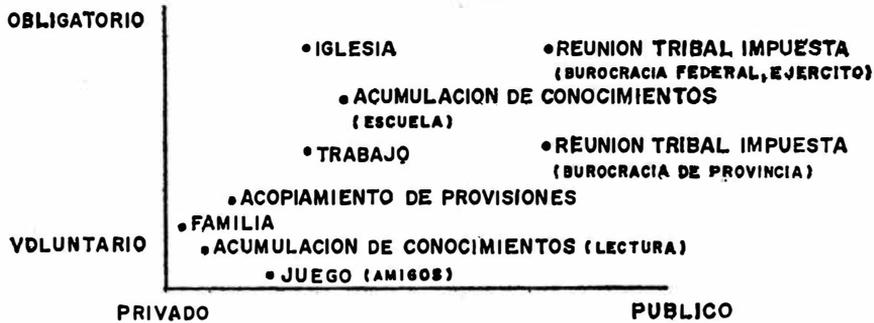
¿Cuáles son las funciones que deberían acaparar la atención del científico político?

Las categorías propuestas por los sociolingüistas para representar las funciones sociales y los dominios del habla proporcionan datos que ameritan un estudio por separado. Al no existir ningún fin obvio para subdividir los encuentros lingüísticos en más y más subcategorías, ha existido —desde hace tiempo— la tendencia (interesante por cierto), a que el número de estas categorías pase por fases de expansión y después por otras fases de contracción.¹⁰ Este proceso de separación y de recombinación parece estar gobernado no tanto por el reconocimiento de dominios y funciones claramente definidos u obviamente necesarios, sino, más bien, por la necesidad de improvisar con la capacidad limitada de nuestro cerebro para recordar así con facilidad, los datos almacenados en más de siete categorías.¹¹ Para llegar a este número mágico, sugiero que prestemos una atención particular a siete clases básicas de actividades comunes a todas las sociedades: a) acumular conocimiento, b) acopiar provisiones, c) trabajar, d) jugar, e) rezar, g) criar familias, g) reunir una tribu, o sea vincular la familia de uno con otras familias por medio de un sistema social. Estas y algunas otras categorías más desarrolladas de los diversos dominios del habla y las funciones por ellos incluidos se podrían ordenar (ordenarlos quizá sea más importante que subdividirlos en subcategorías) en dos dimensiones que a menudo son paralelas: la primera contrasta lo privado con lo público; la segunda mide el grado en el que el individuo, cuyo idioma se estudia, se compromete voluntariamente en actividades descritas por la interacción.¹² Estoy consciente de que puede no ser fácil distinguir entre actividades impuestas y actividades voluntarias; que, en efecto, a menudo puede resultar imposible; pero, pienso que deberíamos tratar de distinguir —siempre y cuando sea posible— entre interacciones impuestas y voluntarias, ya que los encuentros que tenga un individuo con la autoridad política darán por resultado expectativas notablemente diferentes, de acuerdo con la manera en que el individuo perciba estas actividades: ya sea como impuestas, o —por lo contrario— como iniciadas y deseadas por él mismo. Paul Valéry observa que el arte de la política, que anteriormente consistía en impedir que se involucrara el mayor número de personas posible en actividades políticas, más tarde se convirtió en el arte de convencer a casi todos de que se encontraban realmente interesados en la política, en sus procesos y en sus consecuencias.¹³ En este último caso, podríamos suponer que un ciudadano resentiría mucho más el tener que cambiar a un idioma menos preferido por él al tratar con autoridades públicas, que si el encuentro proviniera de la iniciativa de las autoridades y fuera impuesto sobre el individuo que esté resuelto a evitar el contacto. Como ejemplo presentaremos, para un francocanadiense, el orden subjetivo hipotético de sus dominios del habla a lo largo de las dos dimensiones seleccionadas.

FIGURA I

DOMINIOS DEL IDIOMA UTILIZADO CLASIFICADOS SEGUN LAS DIMENSIONES PRIVADO - PUBLICO Y VOLUNTARIO - OBLIGATORIO

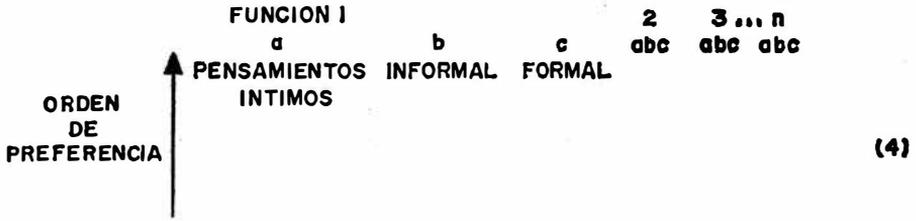
(EJEMPLO HIPOTETICO)



En esa clasificación, ¿dónde encajarían las actividades de los partidos políticos?: ¿Se encuentran en la categoría de las reuniones tribales voluntarias u obligatorias? Somos incapaces de contestar por falta de información específica, y es por esto por lo que sugerimos una clasificación en la que las categorías nominales propuestas no ocupen ninguna posición fija a lo largo de los continuos. Para un activista de partido, es probable que su partido político sea un grupo voluntario; para el individuo cuya participación se ve limitada a seguir el ritual de votar ocasionalmente, es probable que este mismo partido esté más cerca del extremo "obligatorio" del mismo continuo. Podemos suponer que el idioma que elija una persona bilingüe para interactuar variará según la posición en la que se encuentre el dominio del habla a lo largo de los dos ejes: pienso que entre más se acerque a lo privado y a lo voluntario, mayor será su deseo por utilizar el idioma de sus pensamientos íntimos.

Por lo que se refiere a los pensamientos íntimos, más que definir una función específica, son un tipo de idioma diferente al de la comprensión y la producción: un idioma particularmente resistente al cambio.¹⁴ Es por esta razón por la que deseamos referirnos al mapa expuesto en el (3) y desarrollarlo aún más, distinguiendo por lo menos tres estilos de lenguaje dentro de cada función o dominio del habla: 1) el lenguaje interno, 2) el lenguaje informal y 3) el lenguaje técnico formal (yo junto estas dos últimas categorías a pesar de que Trager y Hall, de quienes adopté la diferencia entre lo formal y lo informal, separaron este último del técnico; esta diferenciación, por importante que pueda ser para el lingüista, es de poca importancia para el analista político.¹⁵

Tenemos ahora la siguiente matriz:



Esta matriz conclusiva —conclusiva en el sentido de que no la desarrollaré más— puede ser utilizada para comparar los cambios de un idioma a otro dentro y entre funciones. Entre más grande sea la distancia entre idiomas dentro de una función determinada esa función se encontrará más cerca del origen de las dimensiones privado-público y voluntario-obligatorio; y más cerca se encontrará el estilo de lenguaje del de los pensamientos íntimos. En general, cuanto mayor es la resistencia por cambiar a un idioma no preferido, mayor tensión provoca el cambio.¹⁶ Por lo menos éstas son las hipótesis.

Vamos a hacer hincapié en la importancia que tiene la última añadidura a nuestra serie de subcategorías; en especial, la importancia que tiene registrar el idioma de los pensamientos íntimos ya que ése sería el idioma que escogería el individuo para interactuar informalmente y también aquel que le produciría menor tensión al usarlo formalmente si no fuera por las presiones sociales en su contra. Hay otra razón por la que es importante registrar los cambios de informal a formal o viceversa. Es más probable que se adquiriera fluidez formal que informal en un segundo idioma, por lo menos si este fue aprendido en la escuela y no en casa o por la calle; como quiera que sea, es muy probable que exista, para la mayoría de los bilingües, un cierto grado de diferencia entre estos dos tipos de idioma, y que sea el informal el que se domine menos: pero, en la moderna sociedad profesional, el formal y el informal se encuentran mezclados íntimamente, especialmente en Norteamérica, en donde se fomenta el toque informal en las actividades formales. En tales sociedades, el individuo bilingüe pasará frecuentemente de un estilo de lenguaje que domine mejor, al otro, menos dominado por él. Estos cambios —según yo— constituyen un factor que contribuye enormemente a la situación lingüística cada vez más tensa del Quebec industrializado y comercializado.¹⁷ El típico individuo bilingüe francocanadiense, (quien aprendió el francés en casa y por la calle y el inglés en la escuela y quien hizo del inglés su idioma formal de trabajo), es incapaz de individualizar estos dos idiomas por funciones; es incapaz de avanzar hacia un bilingüismo “yuxtapuesto” el cual separaría netamente el dominio del trabajo del de la familia y amigos; no puede alcanzar un nivel menos tenso de mayor especialización debido a que mezcla continuamente los lenguajes formal e informal. Cuando una conversación pasa del uso del lenguaje formal, que domina, al uso de lenguaje informal, que domina

mucho menos, se encuentra, de repente, como Alicia, cambiando de edad y tamaño, y si esa experiencia es repetida varias veces al día, puede resultar inquietante.

El mapa indicado en la matriz (4) es, —claro está—, un llamado para obtener datos, ya que ningún estudio —que yo sepa—, ofrece la información requerida, a menos que sea a escala local y muy limitada. Si utilizáramos la matriz para clasificar los datos por país, Canadá parecería —casi seguramente— como una de las sociedades oficialmente multilingües que han sido menos estudiadas a fondo;¹⁸ pero ni siquiera Bélgica y Suiza nos proporcionarían todos los datos deseados. Unas cuantas preguntas bastarían para ilustrar esta falta de datos básicos requeridos para la investigación política comparativa: ¿Cuál es el idioma o idiomas utilizados en juntas de gabinete en Canadá, Bélgica y Suiza? ¿Con qué frecuencia y cuándo (específicamente en qué tipo de discurso y en qué función) tienen lugar los cambios de idioma? ¿Quién inicia estos cambios?¹⁹ ¿El francés está ganando o está perdiendo terreno en Montreal?²⁰ ¿Cuál es el impacto que tienen la OTAN y el inglés sobre la relación entre los de habla francesa y los de habla flamenca en Bruselas? ¿Ha habido algún cambio en la distancia-promedio entre el idioma almacenado y el idioma utilizado en Berna o Pretoria, durante los últimos diez años? Y, si es así, ¿de cuánto ha sido este cambio? Entre altos funcionarios públicos en Helsinki o en Ottawa, ¿ha variado el número de veces que se pasa del sueco al finés o del francés al inglés, en la última generación? Únicamente tenemos respuestas parciales o hipotéticas a estas preguntas. Necesitamos mapas más sistemáticos y más refinados que aquellos de los que disponemos actualmente. Es indudable que para estos mapas no podemos confiar en los datos de tipo censo tradicional, que inevitablemente seguirían siendo superficiales,²¹ y que por el contrario, necesitamos estudios intensivos y observaciones profundas de casos seleccionados al azar, (casos que comprendan tanto situaciones como individuos). Tomemos como ejemplo a Montreal. 1) Necesitamos mapas lingüísticos de los pensamientos íntimos de la comunidad, a) por área, b) por clase social, c) por hora del día; 2) necesitamos mapas de los cambios lingüísticos al cambiar los individuos de función; 3) necesitamos medidas de la tensión provocada por esos cambios, (o, inversamente, por no haber podido lograr dichos cambios). Preferiríamos la observación directa al interrogatorio cuando esto fuera posible, porque la respuesta de un individuo a la pregunta de “¿cuál idioma usa?” seguramente se vería influida por su interpretación de dicha pregunta en términos de fidelidad. Gumperz observó, en un estudio de una comunidad de puertorriqueños en Nueva York, que muchos de sus interrogados “de habla hispana”, de hecho hablaban inglés tanto en el hogar como en el trabajo.²² Los estudios en pequeña escala de Soskin y John, de Sher y Harner y de Gumperz nos indican que, aunque es difícil, no es imposible substituir el interrogatorio por la observación, si se graban

conversaciones o sea equipando a los sujetos con micrófonos ocultos.²³ Para llegar hasta los pensamientos íntimos, debemos, claro está, basarnos en el interrogatorio; pero, para registrar la tensión provocada por el cambio de idioma al pasar del lenguaje de los pensamientos al lenguaje informal o del lenguaje informal al formal, podemos usar la observación no-reactiva. Los estudios realizados por Argyle y sus colegas en condiciones de laboratorio han creado claves refinadas de posiciones de las cejas y del cuerpo que podrían ser utilizadas fuera del laboratorio para codificar el significado de las comunicaciones verbales y, en particular, para medir la tensión que resulta de algún cambio en el idioma.²⁴ Esto requeriría observadores bien entrenados. Se necesitaría un menor entrenamiento para registrar los porcentajes de titubeo y de repetición o la producción promedio de palabras o conceptos por minuto, medidas que podrían utilizarse para registrar el efecto del cambio de idioma. Tal registro nos llevaría al concepto de "dieta idiomática". Estimamos, aproximadamente, que un individuo promedio emite menos de 10,000 palabras al día²⁵ (la desviación normal es amplia; algunos cálculos hechos por mis alumnos y mis colegas de la universidad muestran que su producción de palabras habladas varía entre 5,000 y 70,000). ¿Es indiferente la actitud de un individuo bilingüe hacia el idioma en su producción total, o debería equilibrarse su dieta idiomática a través o dentro de sus funciones? ¿Existe algún punto en el que la tensión, causada por la incapacidad de producir y consumir conceptos en un idioma específico, lleve a un individuo hasta algún tipo de colapso lingüístico? Imaginen a un inglés bilingüe caminando frente a una multitud francesa en uno de los largos corredores del metro subterráneo en París. Si cada encuentro con la multitud lo hace cambiar del inglés, idioma de sus pensamientos, al francés, idioma de la multitud, ¿podrían estos cambios mentales volverse tan agotantes que paralizaran sus pensamientos mucho antes de lo que hubiera sucedido en el subterráneo londinense?

Los mapas del uso de idiomas, de los cambios de idiomas, de las dietas idiomáticas y de la tensión idiomática deberían proporcionarnos los datos que necesitamos para relacionar las jerarquías lingüísticas de la mente de un individuo bilingüe con las jerarquías sociales y políticas de su ámbito social. Para relacionar estos dos tipos de jerarquías utilizaremos de nuevo el concepto de "distancia".

Medidas para relacionar los cambios de idiomas con la enajenación, la frustración y la distancia social

Un idioma se describe con frecuencia como un instrumento; pero algunas veces también se le describe como un territorio bajo el control del individuo: decimos que nos sentimos "en casa" o "cómodos" (*à l'aise*, en francés, en el original) con un idioma y no con algún otro. Un idioma nos proporciona, en diferentes grados, seguridad y libertad. Medir los

cambios en el nivel de ambas debería permitimos comparar los efectos que tiene la substitución de un idioma sobre el individuo al comparar los efectos de su tránsito o paso de un territorio social o físico a algún otro.

La seguridad proporcionada por un idioma, —para proseguir con la analogía del instrumento y del territorio—, es doble: 1º) hay la seguridad que ofrece el conocimiento de experto de alguna técnica (instrumento) y 2º) la seguridad que ofrece la sensación de pertenecer a un grupo unido por los mismos símbolos (cultura). En el caso de un individuo bilingüe-coordinado, que yuxtapone sus idiomas según la función, para aumentar su seguridad al máximo alternará idiomas con tal de obtener pericia técnica. Por el contrario, para un individuo bilingüe-compuesto con otros instrumentos disponibles en los campos y situaciones de la vida que se estudian, hablar un idioma en vez de otro sólo aumentará o reducirá marginalmente su sensación de seguridad técnica, dando entonces mayor fuerza a la variable cultural.

La sensación de libertad lingüística es algo muy diferente de la seguridad lingüística a pesar de encontrarse estrechamente relacionadas. La mejor manera de medir esta libertad es a través de la capacidad del hablante para crear, improvisar e innovar en el idioma en cuestión; pero, también se puede medir por la falta de temor hacia los “jueces”, esos soberanos más o menos míticos del habla que bien pueden ser los gramáticos, las élites educadas con puestos de autoridad, o simplemente “ellos”.

He observado que la falta de tal libertad hace que el individuo bilingüe escoja —a menudo— de entre dos idiomas, aquél en el que está *menos* capacitado técnicamente, aunque sólo sea para alejarse de la supervisión crítica de los jueces del idioma que domina mejor. Este acto evasivo lleva, en casos extremos, al “alingüismo”, característico de aquellos individuos que, habiendo perdido competencia en su lengua materna, también se sienten deficientes en el idioma por el cual la substituyeron.

Al no poder un individuo usar el idioma que acrecienta al máximo su sensación de libertad y de seguridad, ¿cuáles serán los efectos, que sobre él mismo y, también, sobre su relación con aquéllos a quienes se dirige, tendrá la substitución de idioma que le ha sido impuesta? Para generalizar: si en una situación dada un individuo puede elegir entre dos idiomas, ¿cuál será el efecto que el uso de cualquiera de los dos idiomas tendrá: a) sobre su sensación de capacidad técnica, b) sobre su sensación de libertad, c) sobre su sensación de pertenencia? Al evitar alejarse del interactor, el individuo ¿se aleja acaso de sí mismo o del grupo cultural al que pertenece?

Ilustremos la situación que deseamos medir. Cuando hablar inglés era relativamente raro entre los francocanadienses, a aquél que fuera capaz de hacer la substitución por el idioma del grupo dominante lo consideraba su comunidad nativa como alguien que asumió el papel de embajador; con esto, esta substitución hacía que mejorara su nivel dentro

de su "propio" grupo cultural. Por otro lado, su nivel también mejoraba para el grupo dominante en el que quizás se apreciaba más a un embajador que al grupo por él representado. Un francocanadiense compensaba la pérdida de libertad y seguridad, consecuencias de su migración hacia un idioma menos conocido, con un mejor nivel social en las dos comunidades lingüísticas que le importaban.

En una etapa posterior, en la evolución del Canadá francés, esta misma substitución probablemente hubiera tenido consecuencias opuestas. Si bien el conocimiento del inglés, especialmente entre la élite, se vuelve más difundido, el francocanadiense que habla inglés baja de nivel social dentro de su propia comunidad cultural; la substitución de idioma, en el mejor de los casos, no le aportará ningún beneficio para con sus semejantes; en el peor de los casos podrá bajar de nivel si esta substitución es juzgada como un acto de sumisión. Hay ocasiones en las que el éxito de un funcionario se mide mediante su conocimiento y uso de un idioma extranjero. En otras ocasiones, se mide el éxito según su capacidad para imponer su propio idioma en lugar de someterse al de los demás. Me han dicho que los dirigentes del partido DMK que concedían entrevistas en inglés, cesaron de hacerlo una vez que tuvieron control sobre el poder legislativo de Madrás en 1967.

Canadá se encuentra actualmente en una fase de su historia en la que el conocimiento del inglés es común entre la élite de Quebec mientras que el conocimiento del francés es excepcional entre sus contrapartes anglo-canadienses. De este modo, es muy probable que el cambio al idioma inglés por parte de un francocanadiense tenga efectos negativos, alejándolo de sí mismo y de su grupo cultural, mientras que el cambio al francés por parte de un anglocanadiense, aunque lo aleje de sí mismo, le dará prestigio dentro de su propia comunidad lingüística.

Para mayor ilustración de este punto, imaginemos un encuentro entre un conductor de taxi y su cliente en el Montreal actual. Supongamos que tanto el conductor como el cliente tienen la posibilidad de escoger entre hablar inglés o hablar francés. Supongamos, también, que el conductor identifica claramente a su cliente como anglocanadiense, y que para el cliente, el conductor indudablemente es un francocanadiense. Existen tres probabilidades: el encuentro puede llevarse a cabo 1) ya en inglés, 2) ya en francés o 3) ya en ambos idiomas (en este último caso cada quien hablaría su propio idioma). Excluyamos esta tercera posibilidad. Desde el punto de vista del conductor, el iniciar la conversación en inglés, a pesar de que reduzca la distancia instrumental y quizás la emocional, aumentará la distancia en su nivel social si siente este cambio como acto de sumisión lingüística hacia el cliente que, ya de por sí, se encuentra en posición de autoridad (en París este mismo cambio lingüístico tendría efectos totalmente diferentes; entre el conductor y el cliente se acortaría la distancia instrumental, la emocional y la de nivel social). Además, el conductor podría sentir que está bajando de nivel

dentro de su propio grupo francés de referencia si piensa que el cambio al inglés pudiera ser interpretado como acto de capitulación lingüística.²⁸ Si este mismo conductor usa el francés, entonces puede suceder una de estas dos cosas: o el cliente se siente enajenado en su persona y al mismo tiempo baja de nivel social, o —lo que es más probable en el Montreal de la octava década— quizás mejore su posición ante sí mismo por su cortesía, (en este caso, como afirmación de su superioridad y, también, por su actuación como embajador).

Pongamos en cuatro dimensiones los efectos positivos y negativos de dicho encuentro. *En primer lugar*, en términos de la distancia de uno mismo; *en segundo lugar*, en términos de la distancia entre el individuo y la persona con la que interactúa; *en tercero y cuarto lugares*, en términos de la distancia entre el individuo y la comunidad lingüística de referencia tanto del individuo como del interactor. (Ver Figura II).

He dado por sentado, en estos ejemplos hipotéticos, que el cambiar a un segundo idioma (el primero es por definición aquél escogido dentro del contexto de la interacción, no necesariamente el que mejor se domina) es enajenante. Es probable que éste sea el caso más frecuente; pero, sería interesante comprobar si la tendencia a eliminar disonancias cognitivas lleva a una armonía de percepción; de ser así, el cliente, en la Figura III, cuando la conversación se llevara a cabo en francés, tendería a reemplazar el único signo negativo por uno positivo. ¿Puede lograrse esto? ¿Cuáles son los obstáculos de percepción? ¿Sería psicológicamente más fácil cambiar los tres signos positivos por tres signos negativos? La manera en que nos sentimos al utilizar cierto idioma se ve influida por la manera en que pensamos que somos percibidos por los demás. Vestido con ropas de sus padres, sin importar cómo le queden, mientras un niño puede sentirse como un ser superior otro niño puede sentirse desgarbado y apenado.

Por el momento voy a dejar sin resolver los problemas de “poner en operación” las medidas necesarias para la creación de una escala de intervalos o de una ordinal balanceada, o el de poner un símbolo en las cuatro dimensiones de la distancia entre el individuo y el medio ambiente social. En futuros intentos por llegar a ello existen dos enfoques posibles: el *primero* —y más obvio es el de basarse en pruebas por cuestionario de las reacciones de los sujetos analizados; el *segundo* —más difícil, pero más interesante y de mayor confiabilidad— es, como lo indicamos con anterioridad, el de registrar y analizar las comunicaciones no verbales que acompañan un cambio lingüístico.

Soluciones políticas y administrativas

Consciente o inconscientemente, ya sea a través de normas gubernamentales, de una evolución social no planificada, de determinación ideológica o de la utilización del método de eliminación de errores, las socie-

FIGURA II

CONJUNTO DE CLASIFICACIONES PARA MEDIR LOS EFECTOS DE ENCUENTROS
IDIOMÁTICOS ENTRE INDIVIDUOS BILINGÜES

- a) posición dentro del grupo lingüístico propio
- b) posición dentro del grupo lingüístico del interactivo
- c) distancia de sí mismo *
- d) distancia del interactivo *

* En términos de distancia instrumental y emocional; si fuera necesario se podrían medir por separado.

FIGURA III

EJEMPLO DE LOS EFECTOS HIPOTÉTICOS DE UN ENCUENTRO HIPOTÉTICO
ENTRE UN CLIENTE INGLÉS Y UN CONDUCTOR DE TAXI FRANCÉS
EN MONTREAL

(ver clave en la Fig. II)

	<i>Conversación en Francés</i>		<i>Conversación en Inglés</i>	
	<i>Efectos sobre el cliente</i>	<i>Efectos sobre el conductor</i>	<i>Efectos sobre el cliente</i>	<i>Efectos sobre el conductor</i>
a)	+	+	=	-
b)	+	+	=	-
c)	-	=	=	-
d)	+	+	+	-

dades multilingües han buscado soluciones al problema de la coexistencia utilizando técnicas tan disímiles, —aunque los objetivos fueran los mismos— que estas experiencias tan variadas deberían proporcionarnos, cuando se tienen los suficientes datos disponibles, el equivalente a experimentos de laboratorio realizados por la historia. Estos experimentos parecen ser de dos tipos principales según que: 1) la solución aspire a multiplicar los cambios de idioma facilitándolos, o bien que, 2) por el contrario, aspire a reducir hasta donde sea factible el número de esos

cambios. El contraste entre estas dos políticas es similar al descrito por Ferguson cuando establece la diferencia entre la diglosia y el bilingüismo, y similar a la diferencia entre un individuo multilingüe-compuesto que mezcla los idiomas en todos los dominios del habla y el individuo multilingüe-coordinado que segrega los idiomas de acuerdo con las funciones.²⁷ Algunos Estados favorecen un intercambio lingüístico universal entre comunidades lingüísticas y, aplicando la "solución compuesta", tratan de mezclar los idiomas a nivel del individuo. Otros, que prefieren la solución de coexistencia pero separada, segregan los idiomas por límites étnicos, territoriales o de función. La solución "compuesta" es la escogida por el gobierno federal de Canadá o, por lo menos, por su primer ministro, cuyo ideal es el de que se entienda y se hable tanto el francés como el inglés de costa a costa, y cuyo anhelo es el de que, por lo menos a nivel de la élite y a través de toda la nación, exista la posibilidad de pasar con facilidad de un idioma al otro.

El éxito de esta solución "compuesta" depende del tipo de entidades utilizadas para el aprendizaje del idioma. Si, como en el caso del Valle Romanche, la familia usa los dos idiomas; si las áreas de recreación y las escuelas se prestan a cambios lingüísticos frecuentes, entonces la solución "compuesta" tiene cierta posibilidad de abarcar grandes sectores de la población; ²⁸ pero, si las escuelas y las universidades son de hecho las únicas entidades en las que se imparte la enseñanza de un segundo idioma, —como pasa en la mayor parte del Canadá inglés—, entonces es probable que esta "política compuesta" tenga éxito sólo para unos cuantos individuos. Sin embargo, si la "política compuesta" tiene un éxito difundido, esto es, si el ideal está próximo a alcanzarse, entonces las razones para mantener dos idiomas se verían grandemente debilitadas, por lo menos aquéllas que son inherentes a la comunidad; el idioma que mejor se adaptara a las exigencias del medio ambiente haría que el otro se volviera superfluo. O el "*snail*" (caracol), aniquilaría al "escargot" (caracol) o éste a aquél.

A menos que el ámbito sea bilingüe, es difícil justificar una enseñanza intensiva de un segundo idioma en las escuelas primarias, aunque sea precisamente allí en donde se aprende un segundo idioma con mayor facilidad; entre más edad tenga el individuo, mayor será su dificultad para dominar algún otro idioma que no sea su lengua materna. Para medir esta dificultad, se han utilizado algunas estadísticas pertenecientes al aprendizaje de idiomas de los funcionarios públicos en Canadá.²⁹

En 1964-65, antes de que hicieran serios esfuerzos por incrementar el uso del francés dentro de la administración pública, sólo un 5% del trabajo se realizaba en francés. En aquel entonces, la embajada canadiense en París manejaba el 90% de su trabajo local en francés, pero enviaba el 80% de sus informes a Ottawa en inglés.³⁰ Con el fin de fomentar la competencia de sus funcionarios públicos en el dominio del francés, el gobierno federal creó fuertes incentivos de promoción y financieros para

aquellos burócratas de habla inglesa que desearan aprender francés. Se creó un programa intensivo especial para instruir a los funcionarios públicos que ocupaban puestos elevados. Al cabo de cuatro años de entrenamiento, menos del 2% de los 5000 anglocanadienses altamente motivados que habían confiado en volverse bilingües, alcanzó el nivel de comprensión básica del francés; el resto permaneció a nivel de principiante.³¹ Es evidente que Suiza y Bélgica han tenido mayor éxito; pero, es interesante hacer notar que esos dos países, que han logrado crear grandes grupos de bilingües, también han abandonado, si es que alguna vez fue su ideal, la política de un "bilingüismo compuesto" que abarcara toda la nación. En contraste con el ideal canadiense, las soluciones belga y suiza se encuentran en definir con la mayor precisión posible las áreas de monolingüismo que son, de hecho, áreas de seguridad para cada uno de los idiomas en contacto y, particularmente —claro está—, para los idiomas de las minorías que temen ser asimiladas. Estas áreas de seguridad son, en primer lugar, territoriales. Al contrario de los francocanadienses, el natural de Flandes (excepto en Bruselas) y la mayoría de los suizos franceses saben exactamente dónde se sitúa la frontera física que divide su idioma del del otro grupo. Tan importante es esta frontera y el concepto de monolingüismo por ella comprendido que se ha llegado a soluciones políticamente lógicas (aunque culturalmente absurdas) como lo es la división de la Universidad de Lovaina. En una democracia de participación es probable que una minoría lingüística cause problemas (siempre y cuando tenga el poder para hacerlo); hasta el momento en que se sienta segura. Los cantones suizos monolingües, las reservaciones flamencas y francesas en Bélgica brindan esta seguridad al reducir el número de cambios de idioma y al declarar que existe una inversión en la jerarquía de idiomas cuando se cruza la frontera lingüística. El principio de segregación lingüística puede llegar más allá y, de hecho, llega más allá de la división territorial, tanto en Suiza como en Bélgica, al aplicarse, en particular, el principio de las estructuras administrativas lingüísticas separadas y paralelas para las instituciones que son federales (o nacionales, si se objeta el que Bélgica sea considerada como Estado federal).³² Canadá, actuando en contra de su mismo ideal de bilingüismo "compuesto", debido a *la nature des choses*, (la naturaleza de las cosas, en francés, en el original) ha comenzado también a organizar sectores monolingües (actualmente, las únicas unidades monolingües vigentes son algunas entidades locales como embajadas o unidades militares). En Suiza, un proceso ante los tribunales puede alcanzar los niveles federales más elevados sin que existan cambios de idioma; no así en Canadá.³³

Es evidente que, en cierto momento, en un Estado bilingüe dividido, la solución "compuesta" deba tener prioridad si se desea crear instituciones globales. Pero, aun a nivel de ministros bilingües y de altos funcionarios públicos, quizá se desee reducir el número de cambios de lenguaje por medio del bilingüismo pasivo. La conversación ideal entre adminis-

tradadores belgas es aquélla en la que cada individuo habla en su propio idioma; pero, aun el bilingüismo pasivo no puede evitar ciertos cambios de idioma: los cambios entre el idioma de la comprensión y el idioma de la producción— cambios que pueden ser tan poco gratificantes como lo sería un juego de tenis en el que los participantes jugaran en diferentes canchas.³⁴

Conclusión

¿Cuál es la mejor solución para un Estado multilingüe que busca mantener la diversidad lingüística dentro de una estructura política establecida y que, al mismo tiempo, busca reducir los conflictos lingüísticos y étnicos: la “solución compuesta”,³⁵ o aquella otra que intenta organizar la coexistencia de las islas lingüísticamente divididas? Ya sea que induzca de los casos canadiense, suizo o belga o bien que deduzca de las leyes de especialización y de estratificación, me declaro en favor de la solución que aspire a crear áreas precisas de seguridad monolingüe para cada grupo lingüístico y que desee habilitar al individuo bilingüe para que separe sus idiomas por categorías, de acuerdo con los dominios del habla, dentro de una jerarquía lingüística.

- 1 La palabra estratificación significa ordenar de manera más o menos estable y clasificar por jerarquías a los actores y las acciones de las que disponemos dentro de un sistema gobernante, ya sea la mente o la sociedad. Para ensayos sobre el concepto de estratificación y sus aplicaciones ver C. S. Heller (ed.), *Structural Social Inequalities*, Nueva York: Macmillan, 1969; ver también L. Plotnicov y A. Tuden (eds.), *Essays in Comparative Social Stratification*, Pittsburg: University of Pittsburg Press, 1970.
- 2 Entre otros, ver W. F. Mackey, “The Description of Bilingualism”, *The Canadian Journal of Linguistics*, 7 (Primavera, 1962), 51-85; J. A. Fishman, “Sociological Perspective in the Study of Bilingualism”, *Linguistics* (39), 21-49; R. J. Di Pietro, “The Discovery of Universals in Multilingualism”, *Monograph Series on Language and Linguistics*, 23 (1970), 1323.
- 3 Aun los casi perfectos bilingües tienden a separar sus idiomas por categorías y a clasificarlos de acuerdo con la preferencia y la eficacia. Julien Green quien escribió novelas tanto en inglés como en francés se dio por vencido en su intento por traducir una de sus obras y sacó como conclusión que es imposible que exista un bilingüismo perfecto. Ver E. Haugen, *Bilingualism in the Americas*, Alabama: University of Alabama Press, 1956; ver también A. Dauzat, *L'Europe Linguistique*, París: Payot, 1953, 110ss. Para estudios específicos de especialización de lenguaje ver entre muchos otros G. Barker, “Social Functions of Language in a Mexican American Community”, *Acta Americana*, 5 (1947), 185-202; J. Gumperz, “Linguistic and Social Interaction in two Communities”, *American Anthropologist*, 66 (1966), 137-54; J. Fishman, “Bilingualism with and without Diglossia; Diglossia with or without Bilingualism”, *Journal of Social Issues*, 23 (1967), 29-38; J. Rubin, *National Bilingualism in Paraguay*, La Haya: Mouton, 1968.

- 4 Ver por ejemplo U. Weinreich, *Languages in Contact*, La Haya: Mouton, 1968; E. Haugen, *The Norwegian Language in America: A Study in Bilingual Behavior*, 2 vols., Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1953; J. A. Fishman, "Who Speaks What Language to Whom and When?", *Linguistique*, 2 (1965), 67-88, J. Rubin, *op. cit.*; G. Barker, *op. cit.*; C. Barber, "Trilingualism in Pascua; Social Functions of Language in an Arizona Yaqui Village", University of Arizona, tesis de maestría, 1952; G. Schmidt-Rohr, *Die Sprache als Bildnerin der Völker*, Jena, 1932.
- 6 A través de los años los censos belgas pasaban de los registros de censo de la 'lengua materna' a los del 'idioma que se usa con mayor frecuencia'.
- 8 El censo canadiense de 1961 definía la lengua materna como el idioma que habló por primera vez en la niñez y que se sigue comprendiendo. El censo de 1971, de cuyos resultados aún no disponemos, registró respuestas a las dos preguntas siguientes: "¿Cuál es el idioma que se usa actualmente con mayor frecuencia en casa?" y "¿Puede Ud. hablar inglés o francés lo suficientemente bien para poder sostener una conversación?" Se codificaron las respuestas a la segunda pregunta de la siguiente manera: únicamente inglés, únicamente francés, ambos, ninguno.
- 7 En 1961, según el censo, el porcentaje de bilingües en todo Canadá era de 12.2%, y del 25% en Quebec.
- 8 Ver J. Meisel, "Language Continua and Political Alignments: The Case of French and English Users in Canada", *Working Papers on Canadian Politics*. McGill-Queen's University Press, Montreal, 1972.
- 9 Weinreich sugiere que el idioma debería clasificarse conforme a siete normas: a) habilidad, b) forma de utilizarlo, c) orden de aprendizaje, d) participación emocional, e) utilidad en la comunicación, f) función en progresos sociales, g) valor literario cultural; ver V. Weinreich, *op. cit.*; ver análisis en J. Fishman, *Language Maintenance and Language Shift as a Field of Enquiry*, *Linguistics*, (1964), 32-70. Para utilizar algunas de estas medidas de distancia en términos de comprensión, expresión o frecuencia de uso ver W. E. Lambert, "Psychological Approaches to the Study of Language", *Modern Language Journal*, 1963, 114-121; W. F. Mackey, *op. cit.*; R. Lado, *Language Testing*, Londres, Longmans, 1961.
- 10 Una discusión sobre los diversos dominios del habla propuestos por varios autores se encuentra en U. Weinreich, *op. cit.*, 53-55. Una clasificación útil de actividades sociales y culturales relacionadas con las necesidades biológicas se encuentra en E. T. Hall, *The Silent Language*, Nueva York: Doubleday, 1959.
- 11 G. A. Miller, "The magical number seven, plus or minus two: Some limits on our capacity for processing information", *Psychological Review*, 1965, 81-97.
- 12 Stewart, quien relaciona público-privado con formal-informal, propone un orden ligeramente diferente. Ver W. A. Stewart, "Linguistic Typology" en F. A. Rice (ed), *Study of the Role of Second Language in Asia, Africa and Latin America*. Washington, D.C.: Center for Applied Linguistics, 1962.
- 13 Ver sus *Regards sur le monde actuel*, Paris: Gallimard, 1945.
- 14 Ver J. A. Fishman, "language maintenance..." (mantenimiento del lenguaje).
- 15 Ver E. T. Hall, "Administration as a Feature of Intercultural Communication" en J. Gumperz y D. Hunes (eds), *Directions in Sociolinguistics, The Ethnology of Communication*, Menasha, Wisconsin: American Anthropological Association, 1964.
- 16 S. R. Hermans, hace suposiciones similares cuando propone la regla de que la necesidad o el deseo de usar un idioma en vez de algún otro probablemente aumente cuando a) el medio ambiente es privado más que público, b) la situación genera inseguridad, c) la interacción comprende capas centrales más que periféricas de

- la personalidad. Ver S. R. Hermans, "Explorations in the Social Psychology of Language Choice" en J. A. Fishman (ed.), *Readings in the Sociology of Language*, París: Mouton, 492-511.
- 17 Se hizo un cálculo en 1964 de que el 78% de los francohablantes que trabajaban para grandes corporaciones en Montreal necesitaban aprender inglés, mientras que sólo un 14% de los anglohablantes necesitaban hablar francés. Ver *Report of the Royal Commission on Bilingualism and Biculturalism*, Ottawa: Queen's Printer, 1969, libro III, capítulo 12.
- 18 Esta situación ha mejorado sólo parcialmente a través de la obra de la Real Comisión sobre Bilingüismo y Biculturalismo, la cual presentó buenos trabajos pero ningún estudio sobre el uso del idioma en Canadá, ni siquiera en Quebec. La Comisión Gendron, creada por el gobierno de Quebec quizás presente la información faltante. En el momento de escribir este trabajo, sus informes aún no se encontraban disponibles.
- 19 Experimentos de asociación de palabras realizados en individuos bilingües en inglés y francés, mostraron que la producción de palabras se encontraba notablemente retardada y disminuida si se imponía el cambio de un idioma al otro sobre el individuo más que si se le dejaba elegir a su discreción. Ver I. Taylor, "How are words from two languages organized in bilingual memory?", *Canadian Journal of Psychology*, 25 (1971), 3, 228-240.
- 20 El uso del francés parece estar aumentando pero es posible que el porcentaje de francohablantes disminuya, siguiendo la proyección de las tendencias demográficas actuales. Ver R. Maheu, "Les francophones au Canada, 1941-1991", (tesis, Université de Montréal, Département de Démographie, 1968); H. Charbonneau, J. Henripin y J. Légaré "La situation démographique des francophones au Québec et à Montréal", *Le Devoir*, nov. 4, 1969. Estiman que el porcentaje de francófonos en Montreal decrecerá del 66.4% de 1961 a algún punto entre el 53% y el 60% para el año 2000. Pero, según los mismos cálculos, podemos darnos cuenta de que la proporción de anglófonos, definidos según su lengua materna, decreció en Canadá, sin que el inglés haya sufrido pérdida alguna.
- 21 Como ejemplo de un registro 'profundo' por cuestionario, ver J. A. Fishman, "A Sociolinguistic Census of a Bilingual Neighborhood", *American Journal of Sociology*, 75 (1969), 324-399.
- 22 J. J. Gumperz, "Verbal Strategies in Multilingual Communication", Berkeley: Language Research Laboratory, trabajo no. 36, 197. Dauzat indica que el censo alemán de 1910 registró un aumento en el porcentaje de francófonos en Estrasburgo y nos indica también que ya antes de la primera guerra mundial se percataron del informe falso por parte de los belgas que pedían ser registrados como flamencos a pesar de no hablar holandés. Ver A. Dauzat, *op. cit.*, 110-137.
- 23 William Soskim y V. John, "The study of spontaneous talk" en R. G. Barker (ed.), *The Stream of Behavior*, Nueva York: Appleton-Century Croft, 1963, 228-281. El estudio hecho por Sher y Harner se encuentra en J. Gumperz. "Sociolinguistics and Communication in Small Groups", Berkeley: Language Behavior Research Laboratory, trabajo 33, 1970.
- 24 M. Argyle, V. Salter, H. Nicholson, M. Williams y P. Burgess "The Communication of Inferior and Superior Attitudes by Verbal and Non-Verbal Signals", *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 9 (1970), 222-231; ver también M. Argyle *Social Interaction*, Londres: Mathuen, 1969.
- 25 Stuart Chase juzga que el promedio es alrededor de 6,000. Ver S. Chase, *Power of Words*, Nueva York: Harcourt, 1953.

- ²⁶ Éste es un ejemplo puramente teórico. En la práctica lo más probable es que el conductor de taxi tenga dos conjuntos de reacciones, uno hacia el turista y otro hacia el anglófono local.
- ²⁷ No tengo la necesidad, ni deseo entrar en la controversia sobre el valor de la diferenciación entre el bilingüismo compuesto y el coordinado cuando es usado para describir el número de procesos de mediación representativa por los que pasa un individuo multilingüe. Para datos sobre un debate en el que Erwin y Osgood, por un lado, y John MacNamara, por el otro, tomaron posiciones opuestas, ver S. Erwin y C. Osgood, "Second Language Learning and Bilingualism", *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1949, 139-146; John MacNamara, "Bilingualism and Thought", *Sociograph Series on Language and Linguistics*, 1970, vol. 23, 25-45. Para mí, 'compuesto' significa lo opuesto de la yuxtaposición ya sea dentro de las funciones, de los dominios del habla o en estructuras administrativas. A la manera del "juego de la cuenta de cristal", estas dos situaciones se podrían contrastar como las soluciones $2=2$ y la del $1+1=2$.
- ²⁸ La importancia que tiene el tipo de comunidad en la cual se aprende el segundo idioma se encuentra subrayada en H. Kloss, "Types of Multilingual Communities. A Discussion of Ten Variables" en S. Lieberman (ed.), *Explorations in Socio-linguistics*, Bloomington: Indiana University Press, 1966.
- ²⁹ Un repaso de los hallazgos de la importancia que tiene la edad como factor en el aprendizaje de un segundo idioma se encuentra en los trabajos del Centre de Sociologie de l'Education, "Le Plurilinguisme", *Revue de l'Institut de Sociologie*, 1970-71, 85-190.
- ³⁰ Una prueba de lectura y comprensión al escuchar en inglés reveló que los estudiantes francófonos de la universidad de Quebec alcanzaron una puntuación que corresponde al 50% del nivel de los anglófonos. Ver R. Sirkis, *How Well Do French-Canadian Students Know English*, Ottawa: BB reporte 18, 1966. En el mismo año, una prueba administrada a alumnos de primer año que cursaban clases de introducción al francés en universidades de habla inglesa en Canadá mostró puntuaciones más bajas que las de alumnos del último año de bachillerato en los Estados Unidos. Ver L. P. Valiquet, *French Language Proficiency at University Entrance*, Ottawa, BB reporte no. 20, 1966.
- ³¹ Ver *Le Magazine McLean*, junio 1969.
- ³² Una comparación entre Canadá, Bélgica y Suiza se encuentra en C. Becquet (ed.), *Le Bilingüisme en Suisse, en Belgique et au Canada*, Bruselas, 1963. Una encuesta sobre las técnicas legales y políticas utilizadas en la protección de minorías lingüísticas y de otros tipos se encuentra en J. A. Laponce, *The Protection of Minorities*, Berkeley: California University Press, 1960. Para estudios generales sobre estructuras gubernamentales y administrativas en sociedades multilingües, ver entre otros, R. Emerson, *From Empire to Nation*, Cambridge: Harvard University Press, 1962; R. B. LePage, *The National Language Question*, Londres, 1964; K. C. Wheare, *Federal Government*, Londres, 4a. edición, 1963; B. A. Akzin, *States and Nations*, Nueva York: Doubleday, 1966; D. A. Rustow, *A World of Nations*, Washington: Brookings Institutions, 1967; C. Friedrich, *Trends of Federalism in Theory and Practice*, Nueva York: Praeger, 1968; R. L. Watts, *Multilingual Societies and Federalism*, Ottawa: Queen's Printer, 1970. Para estudios específicos ver K. D. McRae, *Switzerland: Example of Cultural Coexistence*, Toronto, 1964; Peter Welsh, *Pluralism in Switzerland*, Ottawa: BB. Commission, 1966; J. Brazeau, *Essai sur la question lingüistique en Belgique*, Ottawa: BB. Commission, 1966; M. P. Herremans, *Le bilingüisme et le biculturalisme en Belgique*, Ottawa: BB. Commission, 1966.

- ³³ Para el enfoque de "Derecho Consuetudinario" de la Suprema Corte Canadiense, ver P. Russell, *The Supreme Court of Canada as a Bilingual and Bicultural Institution*, Ottawa: Queen's Printer, 1969.
- ³⁴ La diferencia entre el lenguaje de la comprensión y el de la producción se encuentra desarrollada en J. A. Fishman, *Language maintenance...*, 46ss.
- ³⁵ Si tuviera éxito la solución compuesta, llevaría a la eliminación de un idioma por el otro. Al proseguir con el ejercicio del juego de la cuenta de cristal $2=2$ llegamos hasta $2=1$. Esto no quiere decir que la solución $1+1 = 2$ sea necesariamente más estable. K. Deutsch ha notado que una de las características principales de la Europa del siglo XIX y del siglo XX es la del número de Estados que se asocian con un idioma específico. Ver K. W. Deutsch, "The Trend of European Nationalism — The Language Aspect" en J. A. Fishman, *Readings in the Sociology of Languages*, La Haya: Mouton, 1968. A través de divisiones políticas, la solución $1+1$ puede llevar a la creación de Estados separados, cada uno con su propio idioma. Sin embargo, la diferencia radica en que si la solución compuesta lleva a la eliminación de uno de los idiomas (en ausencia de necesidades y presiones ajenas al Estado), la política de 'islas lingüísticas separadas' no tiene por qué llevar a la separación política, siempre y cuando, al aflojarse las uniones lingüísticas entre comunidades, se fortalezcan otras uniones, sobre todo las económicas. Este punto se encuentra en C. Friedrich, *Man and his Government*, Nueva York: McGraw-Hill, 1963, p. 559ss.